



Real Academia de Bellas Artes  
de San Fernando

Pliegos  
de pensamiento  
vivo



**Gustavo Torner**  
Sobre arte, juego y cultura

## Sobre arte, juego y cultura

*Dices que repito algo que ya había dicho antes. Lo diré otra vez.*

T. S. Eliot : Cuatro Cuartetos (East Coker, III, 33.34)

No hablaré de historia del arte , pero tendré en cuenta todo el arte del pasado que yo pueda ser capaz de recordar, y sobre todo soy consciente de que si en el momento de la creación de una obra de arte todo ese arte del pasado está pesando hasta oprimiendo al creador, en el momento final de la obra acabada toda la historia del arte queda transformada porque se ha modificado el punto de vista.

Quisiera aclarar unas pocas cosas con respecto al lenguaje que uso, porque las palabras se van gastando y ya los chinos antiguos decían que lo primero de todo era nombrar a cada cosa por su verdadero nombre.

Cuando diga «creo» no usaré esta palabra en el sentido de creer en un dogma, sino que se entenderá que creo en una opinión que me he formado después de pensar o estudiar un problema y que mantendré hasta que me tropiece con otro mejor criterio sobre el mismo tema. Pero no quiero decir «pienso», como tantas veces se dice ahora, para eludir responsabilidades intelectuales, porque es algo más que pensar, con el riesgo de equivocarse en las conclusiones.

Por otro lado también quiero aclarar que en el orden natural de las cosas no creo en nada como dogma y por tanto en principio espero estar abierto a todo aquello que pueda ver que tiene un valor

El gran problema de nuestro tiempo, y de todos, es:

¿Qué es lo que vale más?

¿Para qué merece la pena vivir?

¿Qué sentido tiene el dolor, el mal?

Son preguntas que nunca se han contestado rotundamente, racionalmente y sospecho que nunca se podrán contestar. Pero para contestarlas, hasta ahora y desde siempre han existido las religiones. Cada cultura tenía las respuestas adecuadas y jerarquizadas por la religión. La gran novedad de nuestro tiempo es que por primera vez en la historia, y la historia es muy larga ya,

estamos intentando crear una cultura sin una religión de base, sin profetas que nos guíen, sean Mahoma o Marx, y realmente estamos perdidos, aunque la tarea sea fascinante.

Yo creo que este miedo el hombre lo ha tenido siempre, más menos, por encima o por debajo de sus creencias y por ello después de ser «Homo Sapiens» se convierte, como dice Huizinga, en «Homo Luden» y se inventa «las reglas del juego» para poder vivir.

Juego en el doble sentido inglés de «game» y de «play» es decir, juego y representación, y con ello ya estamos en *El gran teatro del mundo* de Calderón.

Todos tenemos y aceptamos un papel, jugamos a representarlo, pero para que funcione tenemos que aceptar las reglas con voluntad de jugar, de jugar siempre y que el juego sea limpio.

Buena fe en términos de juego. El asesino no quiere jugar el juego.

Pero aquí se levanta una duda que puede parecer una paradoja: ¿Somos serios o simplemente estamos jugando un juego, no cómo el juego de la vida, sino como el que juega al ajedrez?

¿Es la guerra un juego o una enorme falta de imaginación, como comenta Kafka con su amigo Gustavo Janouch paseando por Praga?

¿Es la guerra un juego, una categoría que devora todo, como la locura?

El hombre en sociedad, para poder soportarse, tiene que inventar unas reglas: un juego, un contrato social, pero la tristeza en nuestros tiempos y en los de siempre está en la dureza de las reglas, que casi siempre se organizan en competición, en combate, donde no hay lugar para el amor y la compasión en el más alto sentido de «padecer con».

Imaginemos lo que sería un partido de fútbol en el que el portero se compadeciera del equipo contrario y dejara pasar los goles...

Pero el hombre en situaciones límite, por breves periodos de tiempo puede desligarse del mágico círculo del juego, siempre por amor, por preferir al otro, como en las grandes catástrofes, donde el sentimiento de solidaridad anula la representación, o en el plano individual los místicos en búsqueda de lo absoluto.

La vida humana debe ser más que un juego; nuestro esfuerzo tiene que consistir en introducir los valores del amor, o sea la apertura, encarnados en esas reglas cerradas de la representación.

Y aquí está el papel tan fundamental que le corresponde al artista. Es el hombre que rompe las reglas del juego, se inventa otras más amplias y para demostrar que eso es posible fabrica objetos -sean sinfonías o jardines- con esas nuevas reglas produciendo unas obras que, además y precisamente por haber roto un orden y creado otro más amplio, aprehenden un fragmento más para la conciencia y sensibilidad de esa realidad que es el hombre y el mundo, esa cosa de que tanto hablamos y no sabemos nunca qué es.

Quizá la cultura no sea más que la representación resultante de los valores encarnados con las reglas del juego.

No puedo dejar de citar a T. S. Eliot, como siempre que surge este tema, cuando en su pequeño y maravilloso libro *Notas hacia una definición de la cultura* y en medio de una serie de complicadas consideraciones se le escapa, casi sin darse cuenta, una pequeña y admirable definición: Cultura es aquello que hace que la vida valga más.

Aquí está todo. Si para uno lo que vale más es el buen comer, el arte de cocinar será la mejor representación de la cultura. Si para otro, sin despreciar lo anterior, aspira más a salvar el alma, se acogerá a los dogmas y prácticas de la religión que crea verdadera o se inventará otra. Las posibilidades son inmensas y los resultados sabidos por la historia, también.

Silenciosamente hace tiempo está en formación una nueva cultura. Hay «datos testigos» en el arte de fuertes influencias culturales. Pensemos en la influencia del arte negro a principios de este siglo, o del japonismo de finales del pasado.



Hay otro ejemplo más profundo. Creo que ha sido casi un dogma, las excepciones son poquísimas en el arte de Occidente: que en la composición de una obra de arte haya un «centro de gravedad de la atención».

Es inconcebible pensar que cuando Rafael se dispone a pintar la *Sagrada familia del pajarito* dejara de pintar este tema para que, girando la cabeza como la máquina fotográfica de hoy y adoptando un nuevo encuadre, eligiese para pintar la mata de enebro que pudiera haber al lado.

Pero todos sabemos que en la pintura china, aunque no siempre, lo mismo da pintar un bambú que otro bambú y que el imaginario encuadre fotográfico podría tomar innumerables posiciones y todas serían válidas. Lo importante es cómo pintar el bambú.

No hay centro de gravedad de la atención.

Esto va a pasar ostensiblemente hacia los años cincuenta de este siglo en la pintura occidental. Ejemplos sabidos en obras de Jackson Pollock, Jean Dubuffet, Tobey y tantos otros. Hoy esa práctica es ya común en el arte occidental.

El arte, con tantas y raras cualidades, sirve adecuadamente para muchos «tests» y de lo mismo que la temperatura se acusa mejor, se ve mejor en un termómetro que en un árbol, en el arte se contemplan, cuando se sabe contemplar, un sinfín de datos difícilmente perceptibles en otros objetos.

El fondo es nada más y nada menos que el problema de la racionalidad, la irracionalidad y la toma de conciencia en libertad.

En las reglas del juego que constituye el Renacimiento -para mí uno de los



momentos más admirables de Occidente por sus pretensiones- parece que no incluyeron como valor encarnado la irracionalidad. Los hombre la practicaban en sus vidas, pero no estaba en sus reglas, en su arte, aunque algunas veces se asomara inesperadamente. El pueblo que nunca es tonto, no lo aceptó, no se veía representado completo en el, incluido lo que luego describiría Freud y sus seguidores. Sí se identificó en el Barroco con tanta carga irracional.

Las religiones y por ello sus iglesias, han entendido esto muy bien. Por eso sus fiestas y sobre todo las más excelsas son una combinación perfecta de lo racional y lo irracional, o si se quiere la combinación de las creencias y la organización, junto a la sensibilidad y a la creación artística, consiguiendo algunas veces hitos de la Humanidad en la expresión de una cultura.

Pensemos en la Semana Santa de Sevilla, donde el arte escultórico, integrador de fervores y de olores, de sudores y de azahares, y de flores, y de visiones de atardeceres y amaneceres, hace vibrar a las gentes sencillas que entienden perfectamente y en hondura lo que hay que entender y por la vía de los sentidos.

Esto nos lleva a ese concepto tan usado del arte elitista. Desde Lascaux, Altamira, Egipto, China, Grecia, Roma, la Polinesia o Africa, etc., hasta ahora, unos cuarenta mil años nada menos y excepto en unos cientos de años en Occidente, quizás también en China y Egipto, el arte con la religión ha estado junto al pueblo. Que en determinados lugares la Catedral se hiciera a la gloria de Dios o a la del Obispo que se la estaba inventando es otro asunto. Que realmente y totalmente fuese sólo por el esplendor de la Divinidad o como objeto de cierta dominación solapada, habría que comprobarlo y explicarlo, pero siempre estaba delante y era el orgullo de la sociedad.

El arte se ha convertido en privado cuando ha perdido el sentido de lo sacro. Este es otro de los aspectos más profundos y trascendentales del arte. Ser testigo. Objetivamente, en el más exacto sentido, con objetos. Repito. Ser testigo de la excelsitud de ser hombre.

Cuando el hombre es capaz de tantos horrores, desde los campos de concentración hasta la destrucción de la naturaleza, los objetos de arte testifican que el hombre es capaz de otra cosa, que su simple contemplación eleva la

conciencia y produce una reconciliación con los otros hombres, incluso los de ayer lejanos.

Ese inmediato y excitante acceso al espíritu de los tiempos pasados en el arte no es totalmente real, porque si el arte del pasado es bueno, es precisamente porque no termina de desvelar sus secretos y nos debe de llevar con ilusión y curiosidad a ver cómo se convierte en el de nuestros tiempos y cómo el de nuestros tiempos apunta al del futuro.

Pues no es otra la misión del arte. Descubrir el mundo e inventar formas. Descubrirlo para entenderlo y para amarlo. Castilla antes de los del 98 era un terreno, después de ellos es ya un paisaje. Hemos tomado todos la posesión de él.

Debemos ser justos y aceptar que si no fuera por la ciencia tampoco podríamos tener otras vivencias: ¿Cómo aceptar hoy día lo que se llama arte realista, aceptarlo como reflejo de la realidad, cuando sabemos por la ciencia que la realidad, y esto nos afecta mucho, va desde las partículas atómicas a las galaxias y nos encontramos alabando ingenuamente lo bien que está pintada la arruga del pantalón?

Vuelvo a decir: No sabemos lo que es la realidad. Seamos correctos con las palabras, y dejemos de ser pueriles, supersticiosos e insinceros. Folletinesco llamaba al siglo xx H. Hesse.

No tengamos miedo a nuestro tiempo. Nuestro tiempo lo hacemos nosotros entre todos.

Ya pasó el tiempo en que Picasso, último pintor antiguo, entrevió con el cubismo lo que podía venir. No quiso cruzar la puerta que él mismo había abierto, quizás vio demasiados peligros, pero la cruzaron, seriamente, Mondrian, irónicamente, Duchamp.

Hicieron la más grande revolución del arte que nunca ha sido. Nos enseñaron que el arte no es siempre cosa de habilidad manual, que el arte es espíritu, que quizás pueda ser solamente espíritu, el juego de abalorios de H. Hesse, porque, si miramos y escuchamos con atención, el arte no existe. Todo lo que he dicho sobre el arte es una falacia, no enteramente verdad. No existe el arte, solo. Existen las obras de arte. El arte es una cualidad inmaterial, no sabemos exactamente qué, que poseen todos estos objetos de arte, en común.

Gustavo Torner

## Gutavo Torner

Gustavo Torner nació en Cuenca en 1925. Estudió la carrera de Ingeniero de Montes que acabó en 1946, ejerciendo esa profesión hasta 1965, año en que la abandonó para dedicarse plenamente al arte, que había venido practicando desde una primera exposición en 1955 en Cuenca y otra en Madrid en 1956

Desde entonces ha desarrollado una intensa y variada trayectoria artística como pintor, grabador, escultor, diseñador, escenógrafo, etc... de interés reconocido en múltiples ocasiones: Medalla de Oro Ciudad de Cuenca 1984, Medalla al Mérito de las Bellas Artes 1987, Premio Fundación Pablo Iglesias 1989, Medalla de Oro de la Comunidad de Castilla la Mancha 1993, Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica 2001, Medalla "Cuenca Patrimonio de la Humanidad" 2002, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Castilla la Mancha 2002, ...

En 1966 fundó con Zóbel y Rueda, el Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca y en 2005 se inauguró allí el Espacio Torner con su obra. Es Académico Numerario de Bellas Artes de San Fernando desde 1993.



La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con más de dos siglos y medio de historia, posee una de las mejores pinacotecas de España, una de las tres Calcografías históricas europeas (taller de estampación de grabado que sigue en actividad), una de las mejores Gipsotecas del continente (colecciones de vaciados escultóricos, con su taller de reproducciones artísticas que también está activo) y un Archivo-Biblioteca con una riquísima documentación gráfica al servicio de la investigación y bibliográfica. Es además un órgano consultivo de las Administraciones Públicas en temas de protección del Patrimonio Histórico y Artístico, así como un Centro de Estudios e Investigaciones Avanzadas, que desarrolla proyectos de I+D

Su excepcional patrimonio, la importancia del palacio que ocupa en el centro de Madrid y la variedad de sus funciones, hacen de ella un referente en la vida cultural a través de exposiciones, conferencias, conciertos, publicaciones, cursos, etc.

Sus Académicos, artistas o especialistas de historia del arte en pintura, escultura, arquitectura, música, cine, fotografía y diseño, integran su estructura orgánica y animan su vida y su oferta cultural. LOS PLIEGOS DE PENSAMIENTO VIVO recogen y ofrecen algunas de sus ideas, bien sobre la situación actual del arte en general o de su propia obra en particular, o bien sobre otros temas de su atención.